INSTITUTO MUNICIPAL DE HISTORIA BARCELONA

Tierra y Libertad

Barcelona, 21 de abril de 1934 — Semanario Anarquista — Año V — Número 152 — 15 CENTIMOS

Zaragoza, con sus tres semanas de huelga general absoluta, ha sabido inspirar a los trabajadores revolucionarios, nueva fe en el porvenir

ALTURA...

Las preocupaciones pequeñas, las pasiones mezquinas, los sentimientos rastreros, envenenan cuanto tocan, lo empequeñecen y afean todo.

En la vida ordinaria del ciudadano de la calle, y mucho más en los que usufructúan los privilegios sociales, la sordidez hace estragos, la mezcla de nobleza de alma da un tinte gris, deslucido a la vida, que debiera ser bella y ser además embellecida por la actuación del hombre.

Nos apartamos con disgusto de los ambientes en donde primen las cosas bajas, los sentimientos a ras de tierra, la guiñoserías morales y materiales; sólo estamos en casa donde hay nobleza de corazón, sinceridad de espíritu, pasiones elevadas, sagrados entusiasmos por cosas grandes, bellas y buenas.

Por eso queremos tener en el movimiento anarquista un canto, una construcción moral que lleve el germen de lo que será mañana la sociedad entera, donde los hombres se considerarán hermanos, iguales entre iguales, donde las preocupaciones mezquinas, los odios, las rivalidades, los enemigos no tendrán campo de cultivo, tierra fecunda para su desarrollo.

Si el movimiento anarquista perdiera lo que tiene de meta para refugiarnos en él contra el ambiente morboso de la sociedad capitalista; si en él hemos de tropezar también con los mismos vicios, la misma guerra civil, la misma hostilidad permanente de todos contra todos, nos alejaríamos de un modo gravísimo de la meta anhelada, porque la anarquía no es sólo un ideal de libertad, no es sólo una falange de combatientes, es también una comunidad moral fraternal e igualitaria. Esta ética, el ideal de libertad y la falange de combatientes se esfuman, se pierden en la nada.

Lo que nos da fuerza, entusiasmo, confianza es la contraternidad, el aliento de una moral de hermanos y de iguales, que refresca y fortifica el espíritu, que templa la voluntad y nos cohesiona y solidariza en un conjunto con una sola alma y un solo corazón.

Todo cuanto sea hecho para que el ambiente moral libertario se intensifique redundará en beneficio de la causa común, y hará más llevadera y más bella la lucha; todo cuanto merme esa comunión solidaria en los sentimientos nobles y elevados, nos debilitará y nos hará perder nuestro mejor punto de apoyo. Porque es esa superioridad de convivencia lo que justifica nuestra beligerancia social, ya que queremos que todos disfruten de la satisfacción de una vida de iguales entre iguales, en donde no se conocerá el hombre lobo del hombre.

DOS CAMINOS

Mirando hacia el pasado encontramos épocas más y épocas menos agitadas, más y menos importantes en la vida colectiva.

Tropezamos con períodos de mera vegetación, de rutina, de soluciones hechas, de caminos trillados; hay otras, en cambio, en que la voluntad de los individuos y de los pueblos ha de templarse en la brega, en que el pensamiento acicatea en pos de nuevos horizontes, en que a la quietud y al cauce de la cotidianidad sucede la ebullición de las grandes decisiones, de las gestas heroicas, de la iniciación de nuevos caminos.

No todos los períodos históricos se equivalen, como no se equivalen todos los momentos en la existencia individual. En un minuto dado puede decidirse el porvenir de un individuo, de una generación, de muchas generaciones. El rumbo de un siglo puede surgir de la acción o de la inacción de un día o de una semana, de un instante a veces.

Así nos dice la historia en lo que sabemos del pasado, del examen de los trechos recorridos en calma chicha, en suave declive, en mansa corriente y de los recorridos en medio de tempestades violentas, de empujes torrenciales, fuera de todos los cauces consagrados.

Vivimos precisamente en un recodo de la historia, en la terminación de un período, es decir, hemos llegado al fin de la ruta de una civilización. Todo es desquilibrio, inquietud, indecisión, caos. El camino histórico del capitalismo de la propiedad privada, de las instituciones políticas y económicas parasitarias se corta agudo. ¿Qué hacer? De lo que hagamos o no hagamos depende la suerte de muchas generaciones por venir. La humanidad no puede detenerse en su marcha, so pena de sucumbir. La detención es la muerte, taremos la corriente? Eso no es posible. Hay que avanzar, y podemos avanzar solamente en dos direcciones. Esta es la trágica posición de la humanidad en esta hora. No tiene multiplicidad de caminos, no tiene diversidad de soluciones. Sólo tiene dos caminos, dos soluciones. No le queda posibilidad de una tercera: la espera de tiempos mejores.

No se puede esperar, porque las condiciones extremas a que hemos llegado no lo permiten. Para esperar es preciso que sean cubiertas al menos las necesidades más elementales. Y no se cubren ya por capas enormes de población. En esta emergencia esperar es suicidarse.

Hay que afrontar todos los riesgos y avanzar; pero ¿hacia dónde si hemos llegado al *nec plus ultra* de un sistema, de una civilización y de una cultura? El régimen en que hemos vivido tantos años no da más, se agotó en su savia vital. Es preciso abandonarlo, y abandonarlo a escape, antes que su hundimiento en una nueva guerra mundial corte definitivamente las posibilidades y perspectivas ascendentes de la humanidad.

Dos son las soluciones, dos los caminos ante nosotros: la revolución social o el fascismo. Aquélla es la síntesis de la veta roja de la libertad que recorre la historia desde sus orígenes, éste es la concreción novísima de la autoridad que ha actuado en todos los tiempos con más o menos capacidad para frenar el progreso social e impedir el triunfo de la justicia.

Los dos caminos han de ser fruto de la voluntad colectiva, y ambos han de abrirse a pico en la roca abrupta del porvenir que nos cierra el paso.

Aunque el fascismo asienta en un viejo principio: el del absolutismo autoritario, el de la dictadura, el de la mano de hierro, tiene algo de nuevo: ha dejado todo escrúpulo de conciencia a un lado, ha hecho abandono de todo sentimentalismo, de todo ese humanitarismo blandón e hipócrita que trajo la burguesía en su advenimiento. El fascismo es un hecho de fuerza bruta, arrolladora, que sostiene sin embajes, sin máscara, que la subyugación de todos al Estado, al dictador, es condición ineludible de vida. Es la fórmula del mando llevada a su expresión extrema; es la tiranía erigida en divinidad, en principio supremo, intangible, indiscutible.

La revolución es también un hecho de fuerza; es la voluntad de los pueblos afirmada en torno a una vieja aspiración de libertad que ha pesado más o menos en el progreso humano, pero que no ha podido erigirse todavía, frente a los intereses de los dominadores, en principio director de la vida.

La revolución es un impulso creador de los pueblos, como el fascismo es emanación de las castas caducas que pugnan por salvarse en nuevas vestiduras políticas y económicas. Este es la negación del individuo, aquélla es su exaltación.

No hacían falta las experiencias modernas de Italia, de Hungría, de Alemania, de Austria, etc., para saber cuáles habían de ser los frutos prácticos del fascismo. Pero esas experiencias están ahí, sin embargo, y ellas hablan por sí solas. El fascismo mantiene, doblemente reforzada, la esclavitud, el salariado, la miseria junto a la abundancia, el hambre al lado de los graneros repletos, la desigualdad social, sin contar el terror, la multiplicación de las cárceles y campos de concentración, la muerte para todo conato de oposición y de rebeldía.

La revolución es la equidad, el punto de partida igual para todos los seres humanos, la obligación general del trabajo, la supresión de las cargas parasitarias de la burocracia estatal, del militarismo, del aparato represivo, de los intermediarios improductivos entre el que produce y el que consume. Es la creación de un orden de cosas en que todos los seres aptos y sanos producen, porque todos tienen igual derecho a consumir, sin distinciones de clase o casta, de religión, de nacionalidad, de sexo.

La revolución pone las riendas del porvenir en manos de todos; construye de abajo a arriba, desde los cimientos, de lo simple a lo compuesto. El fascismo reserva esas riendas para el capricho de los triunfadores, un individuo o un grupo, construye de arriba abajo, por decreto. El anormal de hoy, próximo al manicomio, puede mañana, por un golpe de audacia, encontrarse dueño y señor de las vidas y haciendas de muchos millones de hombres.

Uno de esos caminos hay que elegir, y elegirlo ya. Uno de ellos es el que ha de seguir la humanidad desde este callejón sin salida en que nos encontramos. No hay un tercero, entendemos. ¡O dictadura o libertad, la revolución o fascismo!

No hay un solo pueblo que escape a ese dilema fatal. O las grandes masas toman en sus manos su destino o alguien lo hará por ellas y en su nombre. O tienen conciencia de lo que importa la acción o la inacción en esta hora o cuando se den cuenta habrá pasado el momento oportuno y se encontrarán con doble cadena y con doble carga, perdida ya la esperanza.

No hace falta ser profetas para adelantarnos a los acontecimientos. Con sólo abrir los ojos advertimos la perspectiva y a poco que pensemos en la situación intuimos las soluciones posibles. Si la indiferencia o la flojedad nos arrastran al fascismo, no tendremos siquiera la disculpa plácida de la ignorancia. Está en todos los labios que la decisión ha de ser por el uno o por el otro camino de los dos que se nos presentan; está en todas las inteligencias la comprensión de ese dilema ineludible. Si las grandes masas no van a la revolución tendrán el fascismo. ¡Tendremos el fascismo!

La C. N. T. y la F. A. I. tienen buenas espaldas para soportar el odio de sus enemigos

TRISTES RECUERDOS

Tercer aniversario de la República

14 de Abril de 1931. Fecha memorable para la historia política de España. Día en que se desbordaron los entusiasmos y las pasiones. Un cambio de un régimen que el proletariado creyó fecundo y que equivocadamente, desgraciadamente no fué tal cambio y mucho menos fecundo. Es decir, para ciertos sectores, sí. Para el pueblo cándido que fué el que en realidad trajo la República, no.

Estas mismas afirmaciones que hacemos hoy, de hechos ya consumados, las hicimos los anarquistas en el mismo y preciso momento de cambiarse uno de los colores del pabellón nacional. Sabíamos que un régimen republicano instalado en los propios salones del palacio real, en las antesalas del Senado y en los pasillos del Congreso no podría jamás satisfacer ni siquiera menos las ansias de transformación que sentía el pueblo.

Lo sabíamos nosotros, los libertarios, los anarquistas, y se pronunciaron a los cuatro vientos, mas la ignorancia la casi totalidad de los que votaron el día 12 del año 31 la gallardía, la republicana entusiasta que los mismos concejales de Alfonso de Borbón, entonces rey de España.

Los chulaos y todos cuantos dieron su sentimiento al lado de dichos poderes, del monarquico al republicano, jamás habían pensado que los mismos que tanto cual se codearan con ellos de la manera brutal que durante tres años consecutivos han hecho.

Recordemos sólo que en las Cortes constituyentes de 1931, después de haber sido aprobado en Junta los presupuestos de la República — cuyos nombres han sido sacrosantos hasta unos días en el Establecimiento por el ministro de Justicia del actual Gobierno — que los diputados políticos de todas las Izquierdas, Radicales y hasta de republicanos al lado de Maciá, Companys, de una manera estúpida pues sólo alcanzó y triunfaron, al ser aceptado parte de San Sebastián, a la soberanía nacional, a la voluntad de las masas, a la sabia popular, a la revolución en la calle a la fraternidad, a la justicia, a la libertad, ilusiones y frases que adormecían a los que estaban esperando de pedirse, de sufrir una clase burguesía de agresión, de provocación, de ignominia.

Asistieron a dar su voto a estas palabras de cristal, a estas frases flotantes, las masas, no ya de inconscientes ni de indiferentes, sino la totalidad de los que superficialmente veían en la República un rol de equidades y reparaciones, pero jamás los anarquistas, como con maldad alguien a veces ha querido afirmar. Los anarquistas en España no votaron lo que ha sido la República al votarla jamás a ningún régimen nuevo por promesas que haga.

Nosotros sabíamos de antemano que una República sin haber sido ganada en las barricadas, empuñando el fusil, enarbolando contra los tiranos, no podía dar más frutos que los que hemos saboreado todos, quienes la votaron y nosotros, los apolíticos, contrarios a todo régimen e inadaptables a todo sistema controlado por un Estado.

Pero el pueblo que votó al pedestal a los actuales gobernantes; el pueblo que entonces estaba cansado de soportar siete años de dictadura y muchos de monarquía; los trabajadores que ignorantes se dejaron persuadir por los nuevos arribistas, en estos tres años han sufrido el mayor de los desengaños. Veamos:

14 de Abril de 1934. Tercer aniversario de la proclamación de la República. El Gobierno declaró festas estos tres días: 14, 15 y 16 con grandes alardes sin duda para hacer un balance de su actuación.

¿Qué balance en su favor pudo dar el régimen republicano?

Nosotros lo diremos. No existe un solo rincón al pueblerino donde la sangre proletaria no haya sido derramada. No existe un solo hogar obrero en toda la nación que no haya vertido mares de lágrimas. No hay cárcel ni presidio que no esté repleto de trabajadores auténticos revolucionarios. No hay una sola familia, a no por los de los potentados, que pueda alimentar bien a sus hijos. Las comarcas agrícolas van quedando desiertas porque el hambre se ha encaminado de ellas. Se han evadido los capitales más fabulosos con toda impunidad porque las grandes empresas han declarado un boicot sordo y cerrado al régimen. La crisis de trabajo se ha agudizado de una manera insostenible, al extremo de que no es posible la resignación por el hambre.

Cientos de miles de obreros en paro forzoso no ven otra solución que el derrumbamiento del sistema capitalista para asegurarse el derecho a la vida. Por eso se han sucedido durante la República las sangrientas jornadas en todas las ciudades.

En régimen republicano se han quemado hombres vivos e indefensos; se ha efectuado un sin número de leyes de fuga; se ha torturado hasta sangrar a trabajadores detenidos en las jefaturas de policía y se han empleado todos los procedimientos violentos y represivos para sofocar los movimientos que el pueblo descontento del proceder gubernamental ha iniciado. Se han escrito con letras de sangre y páginas de muerte los nombres de Casas Viejas, Arnedo, Zaragoza y otros.

Este y no otro es el balance. Trágico, pero cierto. Hambre, miseria, cárcel y muerte.

Republicanos y socialistas, todos unidos, de derecha, del centro y de izquierda, ante estos días de júbilo podían haber presentado al pueblo que les vitó esta macabra lista de "reivindicaciones" conseguidas por el régimen republicano. Para reírnos. Para que éste hubiese tenido más brillantez.

ACIATICO

Para los implicados en el movimiento del 8 de Diciembre ¿no hay amnistía?

Al cerrar esta edición tenemos la impresión de que el Parlamento no dará la amnistía para los acusados de participación en la rebelión del 8 de diciembre.

La amnistía viene impuesta por las derechas reaccionarias para obtener la libertad de sus leales, del general Sanjurjo y demás militares y paisanos comprometidos en tentativas de restauración monárquica. Es natural que cierre las puertas a quienes serán mañana, como fueron ayer, en ocasión de la sanjurjada de Sevilla, los más firmes opositores a toda tentativa de restauración. Los quince mil presos sociales son algo así como un ejército que hará frente por todos los medios al fascismo y a la reacción. ¿Cómo habrían de ser la reacción el fascismo los que decretasen su amnistía?

Sin embargo hay que puntualizar esto: los complicados en el movimiento revolucionario del 12 de enero de 1933, han cometido el mismo delito que los participantes de la rebelión del 8 de diciembre. Ambos hechos tienen la misma calificación legal.

¿Se quiere una contradicción jurídica más evidente? Si creyéramos en la legalidad, tendríamos todo el derecho a hacer una requisitoria al Gobierno. Pero tanto el Gobierno como nosotros, anarquistas, tenemos en estas cosas una misma opinión: la legalidad es un mito.

Ahora bien, el problema de la amnistía era un problema popular nacional, no problema de las derechas. Al dar satisfacción sólo a las derechas monárquicas y fascistas, el Gobierno de Lerroux no resuelve ninguna situación política. El problema de la amnistía queda en pie. Y queda en pie con todas las consecuencias.